



CAPITULO LII

Continuación del anterior

UNA nueva explosión de risas y carcajadas soeces celebró el chiste brutal y agrio de *Pocito*.

Los de la ronda regocijáronse grandemente, y reconocieron las altas dotes de su colega.

En aquel momento apareció en la estancia don Francisco.

Al ver á su jefe, todos los polizontes pusiéronse en pié, no sin que uno de ellos ocultara con la ligereza del rayo, la botella del aguardiente.

El policía mayor repasó con mirada escrutadora el lo-

cal ocupado por sus secuaces, y preguntóles con palabra autoritaria:

—¿Han venido esos?

—No, señor;—respondieron varias voces.

—Pues en cuanto vengan, que pasen á mi despacho,—añadió don Francisco internándose de nuevo en su gabinete.

Esta orden no tardó en cumplirse estrictamente.

La mampara de la antesala abrióse de súbito y dos agentes aparecieron en el local.

Entre ambos y atado como un facineroso; venía un joven de aspecto simpático.

La palidez cadavérica del infeliz contrastaba con algunas salpicaduras de sangre que llevaba en el rostro.

¡Aquellas lesiones eran las caricias propinadas por los agentes al apresarle!

El auditorio que deleitosamente había escuchado á *Pocito*, rodeó al joven y se puso á examinarlo cual si fuese una fiera enjaulada.

De repente abrióse la puerta del despacho de don Francisco.

El joven preso fué lanzado en el interior de aquél de un empellón formidable que le hizo vacilar.

Como Jesús en el pretorio de Pilatos, el nuevo mártir,

no desplegó su boca, y permaneció completamente inmóvil.

Detrás de él quedaron vigilándole sus guardianes.

Don Francisco tomó asiento y adoptando un tono burlesco, por demás é incisivo, dijo al preso:

—¡Gracias á Dios que se deja usted ver! Supongo que ahora será usted amable y responderá á cuantas preguntas se le formulen.

El joven que aunque aparentaba tener unos diez y ocho años, reflejaba en sus ojos la viril entereza de su espíritu, guardó absoluto silencio.

El Chico hizo una seña á los polizontes para que cerrasen la puerta.

Cumplida la orden, don Francisco continuó de esta suerte, arguyendo al maniatado:

—Vamos á ver; supongo que en esta ocasión será usted razonable, y comprenderá le conviene decirme la verdad. ¿Quiénes son los que han levantado de cascos á los estudiantes?

—Lo ignoro en absoluto,—respondió con energía el preso.

—Piense usted,—gritó con voz colérica don Francisco,—piense usted que conmigo no juega nadie y sé hay en la Universidad una pandilla de liberalotes novicios que sólo se ocupan en hablar mal del Gobierno.

—Repito que yo lo ignoro.

—Pues haga usted memoria,—rugió el policia descar-

gando un terrible puñetazo sobre la mesa,—ó, ¡por Dios vivo! que lo mando desollar como á San Bartolomé. La facultad de Derecho tiene en usted á un conspirador de vue-
los y yo voy á enderezarle.

Diga lo que sepa y acabemos de una vez.

Ni una sola palabra salió de los labios del interpelado.

Al ver los polizontes este obstinado silencio, apoderá-
ronse de unos vergajos, ocultos debajo de un sofá.

A una seña de don Francisco, los verdugos comen-
zaron á descargar terribles golpes sobre el preso.

El infeliz no exhaló al principio ni una queja; solamen-
te se limitó á derramar gruesas lágrimas, expresión de su
concentrada ira, por no poder defenderse.

Los golpes acrecían con saña verdaderamente cruel,
los esbirros castigaban á su víctima con el más infame re-
finamiento.

De súbito un grito de dolor horrible escapóse de la
garganta del joven, y el desdichado cayó en tierra.

Los verdugos habían abierto de un golpe una enorme
brecha en su cráneo.

Don Francisco, que había presenciado impasible aque-

lla escena sangrienta y criminal, dejó que el joven se re-
pusiera un tanto.

A empellones fué él mismo incorporado del suelo.

—¿Vuelve usted á negar, miserable?—rugió el mengua-
do, aproximándose á su víctima que temblaba.

—Yo nada sé,—exclamó éste con voz débil.

—Pues duro con él, y hasta que cante; juro que no ha
de reirse de mí,—gritó hecho una fiera el jefe de policia.

Tan rudo fué el tratamiento que los agentes propina-
ron al joven, que éste perdió la resignación por completo,
y hostigado por el martirio, gritó en medio de loca deses-
peración:

—Pueden ustedes asesinar me, pues que tienen la fuer-
za de su lado; però les juro que nada sé.

—¡Basta!—gritó el chico, lanzando fuego por los ojos,
—se conoce que mis caricias no aciertan á ablandar á us-
ted, mozalvete; pero ahora entrará usted en el sótano, si-
tio excelente, y en el cual todos los que penetran suelen
darse á partido.

Dentro de media hora, haré á usted otra visita, y si
para entonces se obstina en su reserva, yo sé lo qué tengo
que hacer. ¡A la cueva!

Los agentes sacaron al joven del despacho, no sin ex-
clamar cuando se hallaron fuera:

—¡Este ya va caliente!

Si fuéramos á relatar las escenas de esta índole que diariamente tenían lugar en el Gobierno civil, en aquella desdichada época, necesitaríamos un espacio interminable.

Raro era el liberal detenido por la policía, que no sufriese los más inusitados atropellos. A veces fueron estos de tal naturaleza, que muchos desdichados no pudiendo resistirlos murieron de sus resultas.

En el período á que nos referimos no existía otra ley que el palo, y los polizontes osaban decir que en él se sintetizaban el código y los derechos individuales, como burlándose de las aspiraciones que en su programa había consignado el partido liberal.

El delirio de la persecución política tenía verdaderamente embriagados á los amigos de aquel gobierno: en cambio los discípulos de Caco, podían operar libremente en la vía pública y en el hogar, sin que se preocupara agente alguno de darles la debida recompensa por sus tropelías y desafueros.

Lo más que con tales gentes se efectuaba, era encerrarlas por poco tiempo en la cárcel, en cuyo recinto recibían trato más considerado y dulce que el que se dispensaba á los liberales encarcelados también.

Para que el lector no se sorprenda ante tan inconcebible anomalía, bueno será recordarle que la mayoría de los polizontes se numeraban en el vasto ejército de Mercurio.

Y ya sabemos que, como dijo el poeta, Mercurio:

*es dios de los mercaderes,
y también de los ladrones.*

Algunos diez minutos escasos irían transcurridos desde que el joven y maltrecho estudiante de Leyes fué conducido por orden de don Francisco al sótano del Gobierno civil, cuando un nuevo personaje apareció en el antedespacho del jefe de policía.

Al verle, todos los esbirros que allí se encontraban pusieronse respetuosamente en pié, quedando luego inmóviles como estatuas.

El recién venido no hizo el menor aprecio de aquella muestra de sumisión y con desdén marcadamente aristocrático, preguntó á los agentes:

—¿Está el jefe?

—Sí, señor,—contestó con adulación *Pocito*.—Si el señor marqués lo desea, anunciaré á su excelencia y...

El visitante, que no era otro que Román, no se dignó responder á la pregunta.

Lo único que hizo fué ir en pos del agente.

Cuando éste quiso recordar, habiase ya colado de rondón el marqués en el despacho del representante del Gobierno.

Ver el *Chico* don Francisco al *Grande* don Román y abandonar el sillón en que descansaba, fué obra de un instante.

El policía corrió hacia la puerta de su despacho, á la sazón que el noble salvaba el umbral.

—Bien venido, señor marqués,—exclamó don Francisco con acento cariñoso y almibarado.—¿A qué debo el inmerecido honor de su visita?

El interpelado miró recelosamente á derecha é izquierda, y convencido de que persona alguna le escuchaba, repuso:

—Don Paco; tenemos que hablar, procure usted que no nos interrumpa nadie; voy á ser muy breve.

—Señor marqués,—contestó el aludido con marcada solicitud,—usted puede estarse aquí todo el tiempo que guste; precisamente mi deseo primordial estriba siempre en ser á usted útil y dando una orden, verá usted como no entra en este despacho ni una mosca.

—¡Oh! gracias, amigo; las pruebas de adhesión que á nuestra honrada causa está usted siempre proporcionando, pesan muy ventajosamente para usted en el ánimo del Gobierno.

Los ministros están satisfechos de su conducta y premiarán brillantemente algún día sus valiosos servicios.

—No hago más que cumplir con mi deber, señor marqués,—repuso el interpelado, haciendo una reverente inclinación de cabeza.

Don Francisco el Chico avanzó hasta la puerta de su gabinete y levantando el espeso cortinón que la velaba, repuso dirigiéndose á sus subordinados:

—No estoy para nadie.

Luego volviendo al lado de Román, exclamó:

—Soy todo oídos, puede usted hablar cuanto se le ocurra.

El marqués dirigió á su interlocutor una mirada excrutadora, preguntándole luego:

—Y bien ¿tiene usted mucho que hacer, mi buen amigo?

—Señor marqués, no falta: ahora mismo acaban de mandar á la cueva á un desvergonzado mozalvete, que es una fierecita: con sus opiniones liberales me trae revuelta á la Universidad, porque debo advertir á usted que es estudiante de Derecho.

—Pues duro con esa gentuza, porque si no nos las tenemos tiesas con ellos se nos comen.

—¡Ah! eso lo sé yo perfectamente.

—Hay que concluir para siempre con esa canalla; y no dejar que se ensoberbezcan, don Francisco. En fin, nadie mejor que usted puede pulverizar al enemigo, y ahora entérese del asunto que aquí me trae.

—Diga usted lo que guste.

—El negocio en cuestión no puede ser más interesante ni de resultados más positivos.

—¿Así lo cree usted?

—Escuche y ya verá como no me equivoco.

El polizante aproximó la butaca en que estaba sentado al sofá que ocupaba el marqués, y recogiendo cuanto pudo su oído, advirtió que aquel le decía en voz baja:

—¿Conoce usted por casualidad á un *abogadete* apellidado Mendizábal?

—El nombre por sí solo es suficientemente expresivo: ¿qué apostamos á que el leguleyo es un progresista rabioso?

—Y de los más terribles: bajo su capa de hipócrita santidad se oculta uno de los conspiradores más empedernidos.

—¿Y dónde habita esa buena pieza?—preguntó el esbirro mayor anhelosamente.

—En la calle de San Marcos, número...

—Pues descuide usted, señor marqués, que yo pondré al tal en sitio donde no nos dé guerra. Es esta una casta de pájaros que hay que aniquilar en absoluto, y por el aviso que usted me proporciona débole profunda gratitud.

—De esto último no hay que ocuparse porque todos estamos interesados en concluir con semejante epidemia,—exclamó Román, procurando disimular su alegría.

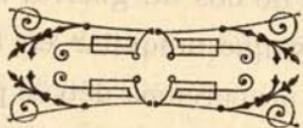
El infame aquel había logrado realizar sus menguados propósitos.

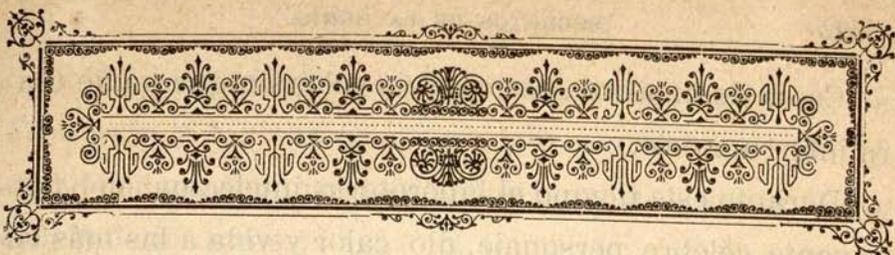
Convencido de que el talento de Mendizábal, defensor, como sabemos, de una causa justísima, había de dar al traste con su infundada y criminosa pretensión, trató de libertarse del abogado valiéndose de los medios tan viles.

Acusando al honrado jurisconsulto ante la policía como uno de los progresistas de más vuelo, su triunfo era indudable.

Mendizábal sería perseguido, apresado y experimentaría luego, en unión de otros infelices, las cruentas amarguras de la deportación.

El tiempo se encargará de revelarnos cuál fué la suerte de nuestro simpático é inteligentísimo personaje.





CAPITULO LIII

En busca del inocente

GRAS una serie interminable de saludos, de recomendaciones, abandonó Román, el despacho de don Francisco.

El polizonte apresuróse á dar cumplimiento á las órdenes del marqués en lo relativo á la captura de Mendizábal.

Al efecto, ordenó á su gente que se preparase á salir en su compañía.

Así dispuestas las cosas, don Francisco hubiérase echado á la calle seguidamente, mas como sabía que á los liberales que aun no habían sido perseguidos, podía aprehenderlos en cualquier instante, volvió á su despacho para mejor meditar su plan.

Cerca de una hora permaneció solo, sin que nadie osara interrumpirle.

Durante este tiempo el laboratorio intelectual del tristemente célebre personaje, dió calor y vida á las más encontradas ideas.

De una parte, estudiaba la forma más hábil y segura que podrían emplearse para que cayera en la red el abogado; con ello se llevarían el regocijo y el contento al ánimo de uno de los más influyentes personajes de la situación.

De otra, no se ocultaba á la perspicacia del polizonte que algún sentimiento debía existir entre Mendizábal y el marqués, dado que la tal denuncia por las circunstancias especiales y falta de prueba con que se formuló, revestía todos los caracteres de una venganza.

Pero para don Francisco eso nada valía, y á trueque de halagar las pasiones de los políticos de su cuerda, habría sido capaz de prender á su mismo padre, caso de comulgar en la familia progresista.

Dejando á un lado todo linaje de filosofías, don Francisco se aprestó á proceder á la busca y captura de Mendizábal.

A tales fines, llevando á *Pocito* de segundo jefe, y cuatro agentes más, salió del Gobierno civil.

Para no llamar la atención de los transeuntes, don Francisco y los hombres que le acompañaban, dividiéronse por parejas marchando los unos á prudencial distancia de los otros.

Según hemos manifestado al lector, el experto jurista tenía su domicilio en la calle de San Marcos.

Como soltero, Mendizábal había tomado un piso para él solo, y hallábase encargada de la dirección de su casa una ama de llaves, mujer entrada en años y cuyo aspecto enérgico hubiera logrado contener al más despreocupado y atrevido.

Nada de particular ofrecía el hogar del distinguido juriconsulto; sin embargo, el orden y limpieza que en él reinaba sustituían ventajosamente al lujo y á la esplendidez.

La habitación mejor amueblada de la casa era el despacho del defensor de don Andrés.

Una alfombra de muelle moqueta encubriendo el piso; una docena de sillas de luciente guttapercha; una hermosa mesa de ministro y una amplia estantería de caoba repleta de bien encuadernados volúmenes; tal era, descrito á grandes rasgos, el laboratorio jurídico donde se habían confeccionado tan discretos y luminosos informes.

Mendizábal era positivamente ecléctico en lo que al saber y al estudio se refiere; sin embargo, sus tendencias favoritas, encaminábanse al cultivo de la jurisprudencia, razón por la cual predominaba en sus estantes el género bibliográfico adecuado á dicha profesión.

Al lado de los *Usatges* de Cataluña, veíanse entre los libros, las Instituciones de Justiniano el Digesto y otros códigos, formados en la época del Derecho clásico; junto á las leyes de Partida, hallábase el Fuero Real, el Libro de las Flores, el Ordenamiento de Nágera y el de las Tafurerias. En otro estante encontrábase el Ordenamiento de Alcalá, las Leyes de Toro, la Nueva y Novísima Recopilación; y ocupando un solo cuerpo de la estantería mencionada, como rematando aquel rico arsenal de la ciencia de Gayo, gruesos tomos de la colección Legislativa y de Sentencias del Tribunal Supremo, ofrecían al talento preclaro de nuestro personaje, abundoso manantial para dar vida á sus valiosas y fecundas inspiraciones.

Tales eran la situación y aspecto del despacho del defensor de Andrés, á quien seguiremos breves instantes.

Mientras el famoso don Francisco salía del Gobierno civil acompañado de sus agentes, Mendizábal, cuya actividad corría parejas con su gran inteligencia, habíase puesto á coordinar varias notas.

Todas ellas no eran sino antecedentes de un pleito importantísimo, que el ilustre abogado iba á defender.

En el litigio aquel cruzábanse intereses cuantiosos que pertenecían de derecho á una familia pobre, la cual había puesto en Mendizábal toda su confianza.

Por este motivo, el jurisconsulto que, además de sus dotes intelectuales poseía un corazón magnánimo, estudiaba el asunto con marcada predilección y celo.

Cerca de una hora llevaba empleada Mendizábal en el examen y análisis de su pleito, cuando sintió que llamaban á la puerta de su habitación; el abogado no se preocupó de ello y continuó consagrado á su tarea.

El ama de gobierno fuése á abrir la puerta enunciada.

La sorpresa de la pobre mujer, no pudo ser mayor: á través del pequeño espacio franqueable que, por desconfianza y miedo había la misma dejado entre sí y los recién-venidos, vió alargarse una mano velluda que le entregaba un documento.

La donación fué acompañada de estas frases escuetas:

—Para el señor Mendizábal.

La vieja tomó el papel con mano convulsiva y permaneció breve tiempo sin saber qué resolución adoptar.

Al cabo de un momento, exclamó llena de coraje:

—¡Jesús! Vaya una manera original de traer cartas: estos misterios no me gustan ni mucho ni poco. Ya veremos lo qué sale de aquí que de seguro no será nada bueno: brujas y endriagos parece que acaban de hacernos una visita.

Y sin articular más palabras, dirigióse la vieja al despacho de su señor.

Mendizábal, que estaba poco acostumbrado á verse interrumpido en sus tareas por su doméstica, no pudo menos de sorprenderse.

—¿Qué ocurre?—preguntó á la misma con tranquilidad.

—Esto que han traído para el señor.

Tomó el abogado el pliego que la anciana le ofrecía, y antes de romper el sobré que encerraba el mismo.

—¿No le han dicho á usted de parte de quién viene esta misión?—inquirió el abogado de su ama de gobierno.

—No me han dicho ni jota,—respondió balbuceando la interpelada,—llamaron; abrí; me dieron la carta; pregunté; callaron, volví á preguntar, y, ¡piés para qué os quiero! ya se habían ido.

Mendizábal no pudo menos de soltar una carcajada sonora, ante la precipitación de frase y apocamiento de ánimo de su ama de gobierno.

—Está bien;—exclamó el jurisconsulto, sin desvanecer en su semblante el rastro de una sonrisa plácida.

El ama de gobierno salió del despacho de su señor.

Mendizábal quedó solo.

Sin pararse en más, rompió la cubierta del documento ignorado, extrajo de ella un volante, y leyó en él estas terribles palabras:

«No há mucho se ha recibido en el Gobierno civil una denuncia formulada contra usted, en la cual se le acusa de ser uno de los conspiradores más infatigables: la policía se dispone á prenderle: aproveche este aviso y póngase inmediatamente en salvo.»

El volante en cuestión era anónimo.

Apenas acabada la lectura, durante cuyo breve espacio

el rostro de Mendizábal había mostrado todos los colores del iris, quedóse éste mudo de asombro.

Luego exclamó para sí, lleno de sorpresa:

—¡Conspirador yo, que nunca me he ocupado de otros negocios que de los de mi bufete! ¡Por Dios vivo! que no acierto á comprender quién pueda quererme tan mal; fraguar contra mí la más grosera y villana de las calumnias; ¡en verdad que hay para volverse loco! Cierto que soy amante de las ideas progresistas; certísimo que la doctrina liberal me atrae y me enamora; pero del platonismo político á la acción, media una gran distancia. ¡Malditos moderados! ¡Cuando imperan no hay nadie seguro en su hogar por honrado y pacífico que sea!

El abogado dejó caer la cabeza sobre el pecho como si meditase una resolución segura, aunque de práctica difícil.

El volante, según hemos dicho, resultaba anónimo, y en sentir del bueno de Mendizábal, bien podía ser aquello un lazo que trataran de tenderle, ó alguna broma de mal género que algún humorista de oficio quisiera darle.

—¡Burla!—exclamó el defensor de Andrés, descargando un formidable golpe sobre la mesa de su despacho.—¡Ah! no; no puede ser: la letra bien clara está: «Aproveche usted este aviso, etc...» No cabe duda: la persecución contra mí resulta evidente á todas luces.

Pero... mi conciencia está tranquila; yo no he conspirado jamás; yo puedo probarlo: ¡bah! ¿y quién convence á los moderados cuando se empeñan en atribuirle á uno actos y delitos que está muy lejos de realizar? Otros que se hallaban en las mismas condiciones en que yo me encuentro, han sido igualmente perseguidos, y no debo esperar mejor suerte que ellos: la cosa no puede ser más grave.

Lo principal es evitar el golpe; que ya veremos luego si el negocio tiene arreglo: en último caso buscaré refugio en tierra extranjera; y esperaré desde allí á que la situación varíe.

Queriendo Mendizábal recuperar el tiempo que perdiera entregado á estas reflexiones, vistióse apresuradamente.

Extrajo de una gaveta cuanto dinero le fué posible y guardó en un cajón todos los papeles que tenía sobre la mesa.

Hecho esto, abandonó su gabinete de estudio.

A su salida encontróse Mendizábal con su ama de llaves, de quien se despidió diciéndola:

—Si tardo algunos días en volver no esté usted con cuidado.

La pobre anciana quedóse mirando á su amo con singular asombro.

Y ya iba á responderle, cuando el abogado abrió la puerta y ganó la escalera de la casa partiendo como alma que lleva el diablo.

Al ver esta inusitada fuga no pudo menos la anciana de exclamar:

—¡Jesús, Jesús! ¡qué entrecejo tan infernal lleva mi amo! ¿A dónde ira tan de prisa? ¡Cuando yo digo que Sata-nás en persona trajo la carta!...

En cuanto al abogado sólo puede decirse que llevaba impresa en su rostro esa emoción propia del que huye de un peligro inminente.

Honda inquietud embargaba el ánimo de aquél, y de tal suerte le acosaba la zozobra, que hasta sus piernas parecían negarse á caminar tan velozmente como él hubiera querido.

Nada de medroso ni de cobarde tenía en verdad Mendizábal; pero cuando el hombre lucha en vano y no halla otro remedio que huir, el corazón más animoso vacila y la salvación resulta el único anhelo del espíritu.

Al llegar nuestro personaje á la puerta de la calle se detuvo.

Antes de disponerse á abandonar el zaguán, dirigió á derecha é izquierda una mirada escrutadora, no advirtiendo más que alguno que otro transeunte que iba tranquilamente por su camino.

En esta atención, y como quiera que nada que oliese á esbirro mostróse á la vista de Mendizábal, exclamó para sus adentros con alegría:

—Puedo salir sin temor.

El abogado lanzóse resueltamente á la calle, llevando intención de ir á refugiarse en casa de un íntimo amigo, desde donde esperaría propicia ocasión para abandonar la Corte.

Coincidiendo con la salida de Mendizábal, aparecieron dos hombres por la esquina de la calle del Soldado, y otros dos por frente á donde el abogado vivía.

Estos últimos recatáronse de tal modo que no fueron advertidos por aquél: los mismos colocáronse á su espalda marchando sigilosamente.

Como el que huye es siempre receloso, al notar el abogado á los dos primeros de aquellos cuatro individuos, vaciló un momento; empero, recobrando la serenidad, dispúsose á doblar la esquina de la calle del Soldado para encaminarse á la plaza de Bilbao.

Entonces los mencionados aparecidos, que no eran ni más ni menos que polizontes, saliéronle al encuentro.

Mendizábal apartóse á un lado para dejarles el paso libre.

Los desconocidos hicieron un signo al abogado para que se detuviese; á ello cedió el defensor de Andrés, no sin sentir que la sangre se le helaba en las venas.

Don Francisco en persona, dispúsose á interrogar á Mendizábal.

El que iba como subordinado, *Pocito*, limitóse, por lo que pudiera ocurrir, á acariciar la culata de una pistola que llevaba oculta en un bolsillo.

La palidez del rostro del abogado tornóse en roja por la cólera.

Don Francisco permaneció un instante mirando al jurista y cuando ya parecióle haber investigado lo más recóndito de su conciencia, le dijo:

—¿Es usted el señor Mendizábal?

El interpelado vaciló un momento, pensando en negar su nombre; mas como viese dibujada en los labios de la policía cierta sonrisa burlesca que parecia decirle: «Te hemos conocido y tratas de pegárnosla,» herido en su dignidad de caballero, contestó con acento rudo y firme:

—En efecto, yo soy Mendizábal: usted me dirá lo que se le ofrece.

—Que se dé usted preso,—respondió don Francisco.

—Preso: ¿y por qué razón?—volvió á preguntar el jurista.

—Ya se lo explicarán á usted en el Gobierno civil,—exclamó el policía con tono áspero y grosero.

—Es que,—permitióse objetar Mendizábal,—no puede reducirse á prisión á ningún ciudadano sin causa que lo justifique.

—Si usted no la tiene se la formarán y es lo mismo. De modo que déjese usted de tonterías y vaya á donde lo lleven,—agregó don Francisco cínicamente.

Comprendiendo Mendizábal que había cometido una torpeza al pretender discutir con sus opresores, repuso con forzada resignación:

—Está bien; iré á donde ustedes quieran conducirme.

—Así me gusta, que se dé la gente á partido,—exclamó sonriendo el polizonte.—Como usted no ha ocultado su verdadero nombre supongo es una persona decente, y por esto le hago gracia de no llevarle atado como á otros.

Mendizábal tuvo que realizar un supremo esfuerzo para resistir con paciencia este nuevo insulto.

Ante la indicación de su jefe, *Pocito* guardó la cuerda que ya tenía preparada.

—Advierto á usted,—repuso don Francisco, encarándose con el abogado,—que como intente escaparse le pego un pistoletazo. Si le llevo sin atar es no tanto por el motivo predicho, cuanto por impedir que algún curioso venga á nuestra zaga; de suerte que al acompañarnos al Gobierno civil, lo efectuará usted, cual si fuese de paseo en unión de dos buenos amigos.

Las precedentes palabras fueron pronunciadas por el esbirro en el tono incisivo y mortificante á que era tan afecto, al aprehender liberales, sobre todo.

Mendizábal emprendió la marcha, caminando entre los dos polizontes.

En pos de ellos iban los otros dos subordinados del Chico.

El abogado marchaba tranquilo al parecer, y ante la esperanza de recuperar su libertad:

—Esto debe ser un error,—decía para sí,—estoy seguro de que en aclarándose, me dejarán libre.

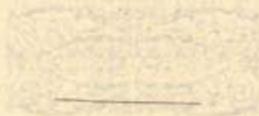
Empero, aun alentado por estas consoladoras reflexiones, Mendizábal veía á cada instante subírsele la vergüenza al rostro.

En la mirada de cuantos pasaban por su lado, creía encontrar el desprecio con que, en toda ocasión, se contempla á los criminales.

Por este motivo el abogado caminaba sin alzar los ojos del suelo.

Don Francisco no desplegaba los labios, y en cuanto á *Pocito* que no perdía ni el más pequeño movimiento del preso, no hacía sino acariciar la culata de su pistola.

Seguramente el deseo de este último habría sido que Mendizábal hubiese intentado la fuga para tener el gusto de pegarle un tiro.



Caminando así, víctima y verdugos dieron con sus cuerpos en el Gobierno civil.

Lo que allí aconteció puede fácilmente suponerse: un polizonte, portador de un grueso manojo de llaves, abrió

una ancha puerta; Mendizábal fué lanzado de un empujón en el interior de obscura galería, y á poco, hirió su oído el rechinante crugir de muchos cerrojos.

La infamia se había consumado.

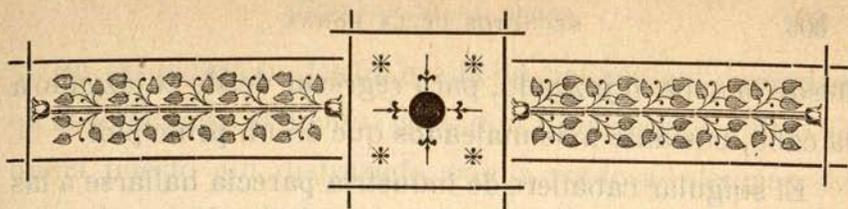
Román habíase coronado de cieno, con la más vil é inmundada de las maldades.

Mendizábal llevóse las manos á la cabeza presa de desesperación febril; mas como si su conciencia purísima triunfase de los deleznablez empeños del mal, exclamó recobrando la calma:

—Soy inocente, el aviso ha sido inútil, empero, desde el fondo de mi espíritu envío mi testimonio de gratitud al sér misterioso que se ha servido enviármelo.

Y sin articular más palabras, comenzó á pasearse por toda la extensión de la galería.





CAPITULO LIV

En la cueva del gobierno

GN un principio la diferencia de luz impidió á Mendi-
zábal reconocer el lugar en donde había sido en-
cerrado.

Mas habituándose poco á poco á la tenue clari-
dad que irradiaba el mismo, logró realizar plenamente
aquel propósito: según acabamos de exponer, el abogado
hallábase en la galería conocida con el nombre del sótano,
que servía de prisión á los que con el carácter de deteni-
dos, son llevados al Gobierno civil.

A la sazón, cuatro presos solamente encontrábase en
aquel local: era el primero un joven de ojos de vibora, de
rostro agitanado á obra de las caricias de Febo, era uno
de los más refinados pilletes de los muchos que pululan
por Madrid, y cuya vida transcurre haciendo excursiones

desde la calle al juzgado, para regresar desde el juzgado á la calle, bastante más maleados que en un principio.

El singular caballero de industria parecía hallarse á las mil maravillas en aquel sitio inmundo, cuyo ambiente perfumaba con el aroma de un puro confeccionado con toda clase de vegetales, hecha del tabaco particularísima excepción.

El segundo de los presos era un caballero que frisaría en los sesenta años: alto, enjuto de carnes, de severo rostro, pero de expresión definidamente simpática: suelto y distinguido en sus modales, y vestido con elegante sencillez; el único delito que el tal personaje había cometido consistía en haber consagrado su vida entera á rendir culto á las ideas de progreso y de la libertad.

Nada de particular ofrecían los tipos morales de los dos restantes detenidos, si no fuese su marcadísima traza de bribones, y sus atezados rostros que oían á presidio á larga distancia: uno de ellos, sin embargo, parecía muy afecto al ejercicio de la política, pues no hacía á cada instante otra cosa que lanzar pestes contra el Gobierno, exclamando á grito pelado que él era más liberal que Riego y que antes le harían picadillo que reconocer la eficacia y justificación de las doctrinas de los moderados.

A pesar de tantas protestas de amor á la libertad, que hubiera ciertamente envidiado el mismísimo Lanuza, el pelgar aquel no era sino un espía con todos los méritos y cualidades de tal.

Su verdadera profesión era la de polizone y no estaba en el sótano ociosamente, pues don Francisco el Chico le había puesto allí disfrazado, con la piadosa intención de que celase á Mendizábal y al otro caballero, les obligase á mover la lengua en contra del gabinete y fuese luego á contar todo lo hablado por los presos.

El abogado, cuya situación de espíritu en aquella sazón no le permitía ocuparse de nadie, no se fijó en aquel miserable, y fué á sentarse en uno de los bancos llenos de mugre que se habían instalado en aquel lugar para solaz y descanso de los detenidos.

Más de una hora, que pareció á Mendizábal un siglo, transcurrió sin que persona alguna se presentara al objeto de decidir de su suerte.

—No comprendo,—decía el abogado para sí,—esta manera de efectuar prisiones. Se me encierra en este inmundo calabozo, sin que nadie se preocupe en inquirir ni mi nombre, ni mis antecedentes.

Tratar á un hombre, y por ende á un caballero de este modo, equivale á convertirlo en una mercancía que se deposita en un almacén. Bien es verdad, que esto de atropellar todos los prestigios de la dignidad humana, y de apoderarse de un ciudadano sin cumplir ninguna de las formalidades que la ley exige, no lo hacen más que los

moderados. ¡Soberbio tacto en el manejo de la máquina gubernamental! ¡Admirable conducta para conjurar el odio y la execración de un pueblo libre!

Al pronunciar Mendizábal estas palabras, irguióse con la bravura del león; empero, volviendo sobre su triste suerte, movió lánguidamente la cabeza, é hizo visible en su rostro un gesto de amargura.

Luego, repuso con marcado desaliento:

—Día infausto ha resultado el de hoy para mí, y lo peor de todo, es la horrible injusticia de que soy víctima: sin embargo, la ley... ¡la ley! ¿y quién pretende invocar su sacratísimo nombre cuando sólo imperan la tiranía, la infamia y la traición? ¡Ah! En las épocas en que la fuerza rige sólo á los pueblos, no queda otro recurso que apelar á la misma para equilibrar el agravio.

Animado Mendizábal por aquellos sentimientos hermosos, transfiguróse completamente.

En aquel momento hubiese sido capaz nuestro abogado de ascender á una trinchera, realizando allí las más inusitadas hazañas.

La sangre hervía en las venas del ilustre orador foren-

se; la indignación llevaba á su alma los alientos de la epopeya: una maldición, síntesis de la cólera nacional, escapó de su pecho, y dos gruesas lágrimas, que apenas nacieron, disipáronse en sus mejillas, hubieran hecho comprender á los hombres del obscurantismo que son verdaderos crímenes y no triunfos, los que se realizan, cuando únicamente la vergüenza, el odio y el dolor se imprimen con caracteres nebulosos en la frente siempre pura de la patria.

Estos efluvios admirables del entusiasmo y del honor, hicieron olvidar breves instantes á Mendizábal su triste suerte.

El sacrificio parecíale hermoso; Mendizábal hubiérase considerado feliz entregando su vida entera en honra de sus arraigadas convicciones.

Sin embargo; la razón fría fué triunfando poco á poco de la exaltación política y Mendizábal pensó en que pronto sería puesto en libertad.

Nuestro personaje equivocábase como ahora veremos:

Tres ó cuatro horas llevaban en el sótano el abogado y sus colegas de prisión, cuando acertó á abrirse la puerta de ésta última.

Un agente penetró en la galería.

Su advenimiento no tenía otro fin que efectuar una re-

quisa pretextada; pero en el fondo lo que buscaba aquel hombre, era alguna seña, indicación ó cosa semejante que pudiera hacerle el polizonte disfrazado que estaba entre los presos.

Acercóse Mendizábal al recién venido y dijole con gran mesura:

—¿Me haría usted el obsequio de llamar al encargado de esta prisión?

—Aquí,—contestó el interpelado,—no hay otros que el gobernador y el jefe de policia.

—Pues desearia hablar con el segundo.

—Bueno: ¿y qué quiere usted de él?

—Probarle que estoy en este lugar sin causa justa.

—¡Bah! Todo eso son andróminas: si uno fuera á hacerles á ustedes caso, estaba divertido. De oír á ustedes nos pasaríamos el tiempo haciendo de demandaderos.

—Repito,—exclamó Mendizábal,—que quiero conferenciar con el jefe; me urge ventilar este negocio.

El polizonte lleno de irritación, repuso:

—Si tiene usted prisa, se espera y sino lo mismo, cuidado con las exigencias de esta gente.

Y volviendo la espalda, encaminóse á la puerta abandonando el sótano.

Mucho antes de que desapareciera en el espacio la luz solar, ya era completa la obscuridad en la prisión.

El abogado experimentaba á cada instante mayor angustia.

Las horas transcurrían para él con la lentitud de los siglos, y su serenidad alentada por la esperanza parecía languidecer ante su ambigua situación.

Inquieto y alterado, comenzó para entretenerse á dar paseos por la estancia.

Hallándose así, y cuando apenas había dado un par de vueltas, el fingido preso acercóse á él y le dijo:

—¿Conque usted también está aquí por liberal?

—Ignoro por lo qué estoy,—contestó amargamente Mendizábal:—lo único que puedo decir á usted, es que hoy al salir de mi casa se acercó á mi la policía, preguntóme mi nombre y apellido y sin escuchar razones de ninguna clase me trajeron á esta mazmorra:

—Entonces no hay que preguntar,—exclamó con acento firme el agente.—Usted es de los buenos; de los de mi cuerda: de los que amamos lo que constituye la honra de las naciones: la libertad y el progreso.

Este gobierno infame tiembla ante nosotros, se siente vencido por la fuerza de nuestros ideales, y en la imposibilidad de destruirnos cara á cara, se vale del espionaje para prendernos á mansalva y á traición. A bien que de lo que llevamos conspirado, de eso no se libra.

—¡Conspirará, quién conspira!—exclamó Mendizábal con indignación,—yo puedo jurar á usted que jamás me he metido en nada, y sin embargo vea usted lo que se hace conmigo.

El polizonte sonrióse maliciosamente y trató de buscar *á fortiori* en las palabras de su interlocutor, declaraciones que le fueran perjudiciales.

Mendizábal á su vez, sin acertar á explicarse la causa, experimentaba una repulsión instintiva hacia aquel bellaco, así que, deseoso de cortar tan enojosa conferencia, fue á sentar en el banco que ocupara primitivamente.

Sus intentos fueron inútiles: el disfrazado agente siguióle y tomó asiento á su lado.

La prisión continuaba lóbrega y sombría.

Sólo un vetusto farol en cuyo centro ardía una mecha microscópica, y á la cual había aplicado combustible el agente que de manera tan soez tratara á Mendizábal, era todo el aliento de aquel inmundo espacio.

Como decíamos, el esbirro disfrazado hablaba y hablaba cual un sacamuelas junto á Mendizábal; pero éste decidióse á no responderle, conceptuando esta determinación como la más oportuna para que cesase en su charlatanismo.

Aparte de sus pocas ganas de hablar, otra razón era parte á impedirlo: Mendizábal sentía en su estómago esa languidez dolorosa que produce la falta de alimentación.

Desde por la mañana muy temprano no había tomado cosa alguna.

En tal virtud, interrumpió al disfrazado agente en su charla, diciéndole:

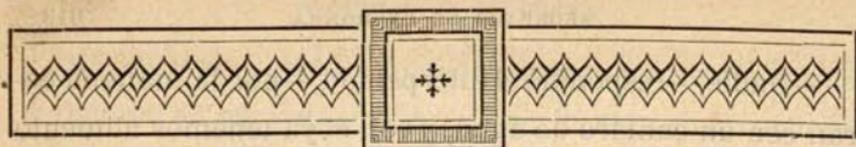
—¿Pero aquí quién cuida de los presos?

—Nadie,—respondió el interpelado,—por la mañana entran con un cántaro de agua, y con él ya tenemos alimento para todo el día. En este palacio el que tiene metal come, y el que no, ayuna.

—¿Pero al menos habrá á quien mandar para que traiga la comida?

—No siempre: tres días llevo yo en este sótano esperando á que su excelencia el Gobernador me envíe á donde se le antoje, y á pesar de haberlo pagado muy caro, he comido cuando á sus señorías les ha parecido bien avisar al café.





CAPITULO LV

Desterrado

AL fin tuvo el polizante la feliz idea de dejar en paz á Mendizábal.

Advirtiendo éste que la puerta de la prisión no volvía á abrirse, se recostó incómodamente en su banco y trató en vano de conciliar el sueño.

Y decimos que fué en vano su propósito, por cuanto el tomador aquel que hemos presentado al comenzar este capítulo, roncaba del modo más sonoro y descomunal que pudo nunca escuchar Morfeo.

Servía de lecho al granuja nuestra madre la tierra; circunstancia que no era obstáculo á que al endurecido cuerpo del *industrial* le pareciese reposar sobre blandísimo plumaje.

Convencido Mendizábal de que todo cuanto existía en

la prisión parecía conjurarse contra las necesidades de la vida, exclamó:

—Es preferible ir cien veces á presidio á venir á este antro; no puede uno comer, ni dormir siquiera, con la música que ahora está dando ese bandido despertariase una piedra. ¡Cómo ha de ser, sufriremos resignadamente el infortunio!

Optó Mendizábal por emprender sus primitivos paseos, y para hallar algún esparcimiento, encendió un cigarrillo.

En aquel instante acertó á penetrar en el sótano el polizonte que ya conocemos.

El esbirro venía allí con objeto de inspeccionar si existía entre los detenidos el orden necesario.

Al ver Mendizábal al agente, acercóse á él y le dijo:

—¿Me haría usted el favor de ordenar se me trajese algún alimento?

El polizonte hizo un movimiento negativo de cabeza, mas viendo que el jurista le presentaba un duro tuvo por más acertado ablandarse.

Patentizando esta actitud, exclamó al par que recogía la moneda:

—Puede usted creerme que le presto un verdadero servicio accediendo á sus deseos, el jefe nos tiene prohibido que entre aquí nada, y...

—Lo comprendo todo,—exclamó Mendizábal irónicamente,—quizás gratificando al ordenanza...

—De eso me encargo yo,—repuso el interpelado,—mu-

chos creen que este empleo nuestro es muy lucrativo y resulta, que en la mayoría de los casos aun pone uno dinero encima.

La vivacidad y experiencia del abogado, hiciéronle comprender claramente lo que aquellas palabras significaban.

El esbirro cobrábase por adelantado el corretaje.

Casi todos los de su oficio incurrián muchas veces al día en este linaje de prevaricaciones, con lo que se proporcionaban un sueldo bastante más crecido que el que el Estado les pagaba.

A obra del dinero, que todo lo puede, trajeron á Mendizábal la modesta cena que había pedido.

Después de obsequiar á alguno de sus compañeros de prisión, el abogado cenó con apetito.

Luego intentó descansar algunas horas; empero le fué de todo punto imposible, el estado de inquietud y de zozobra en que se hallaba impedíanle naturalmente todo reposo.

Al fin, vencido por la fatiga y la lucha moral, nuestro abogado pudo conciliar el sueño, al amanecer.

Las nueve de la mañana serian próximamente cuando penetró en la mazmorra un empleado del Gobierno civil.

Sin cumplir los más rudimentarios deberes de cortesía, dirigióse á Mendizábal, diciéndole:

—Dispóngase usted para salir en la conducción que va esta tarde á Cádiz.

—¡A Cádiz!—exclamó el abogado presa de concentrada ira.—¿Y quiere usted decirme qué razones hay para ello? El empleado calló y limitóse á mover los hombros.

—Aun ignoro de qué se me acusa,—prosiguió Mendizábal,—y ya me anuncian ustedes que voy á ser tratado como un criminal. Esto no tiene nombre.

El empleado repitiendo su movimiento, exclamó: —¿Y yo qué tengo que ver con todo eso? El señor gobernador ha dispuesto su salida de usted; yo cumplo sus órdenes.

—Pero...

—No hay pero que valga, quien manda, manda, y ya sabe usted lo demás.

—Permítame usted le observe el derecho que me asiste á conocer el delito que se me imputa.

—Repítale á usted,—exclamó el empleado,—que yo lo ignoro, más si viene don Francisco él podrá revelárselo á usted, no tengo otra cosa que decir.

El funcionario abandonó el sótano sin articular más palabras.

Mendizábal, lleno de desesperación, púsose á pasear de nuevo, mientras esto hacía, filosofaba del modo siguiente:

—¡Oh! no acierto á comprender quién pueda ser tan miserable que formule contra un hombre honrado, una denuncia calumniosa. ¡Conspirador yo que nunca me he ocupado más que de mis pleitos! Aunque así no fuera debían escuchar mis exculpaciones, ¡vamos que hay para volverse loco!

Sin embargo,—exclamaba el abogado, parándose á reflexionar,—si todo fuese una equivocación de la policía; si me hubiesen tomado por otro... ¡quién sabe! lo cierto es que en los tiempos que corremos me basta y sobra con mi apellido para pasar por sospechoso.

Mendizábal permaneció pensativo algunos minutos, y poseído de indignación, exclamó el fin, apretando los puños:

—¡No habrá más remedio por el pronto que doblegarse á la injusticia; pero yo aseguro al culpable, que si algún día acierto á descubrirle, ha de guardar memoria del santo de mi nombre!

Estando así, presentóse en la prisión D. Francisco el Chico; venia acompañado del funcionario que notificara á Mendizábal la orden de deportación.

El polizone mayor acercóse al abogado, en el semblante del primero, no se notaba más que una marcada indiferencia, su habitual gesto irónico había desaparecido.

D. Francisco el Chico estaba sobradamente acostumbrado al atropello y á la arbitrariedad para que le conmoviera la escena en que iba á ser actor.

En tal virtud dirigió con la mayor frialdad la siguiente pregunta á Mendizábal:

—Y bien: ¿qué es lo que á usted le ocurre?

—Sencillamente,—repuo el abogado,—conocer los motivos que tuvo usted para prenderme.

—Esos incumben á la autoridad superior y los ignoro por completo: yo no hago más que cumplir sus órdenes y en paz.

—Sin embargo, yo debo saber...

—Consulte usted á su conciencia y ella le patentizará el delito que haya cometido; por lo demás, ya se lo revelarán á usted á su tiempo.

—Pero al menos,—prosiguió Mendizábal con marcada exaltación,—antes de partir creo me permitirán ustedes dirigir cuatro líneas á la persona que cuida mi casa.

—Imposible de todo punto.

—Reflexionen ustedes que soy abogado; que existen en mi bufete negocios que representan el porvenir de muchas familias, y que si yo los abandono les causaré gravísimos perjuicios.

—Repito que no puede usted escribir; se nos ha ordenado que no dejemos á usted comunicarse con nadie.

—¿Es decir—exclamó el jurista enérgicamente—que no soy yo solo el perjudicado? ¡Por Dios vivo! que como conti-

núen obrando así, pronto conseguirán los moderados enemistarse con toda España.

Don Francisco no pudo reprimir la cólera, y lanzó sobre su interlocutor una mirada de tigre.

Mendizábal, sin hacer caso de esta amenaza, repuso:

—Pasaremos por cuantos desafueros dispongan ustedes; y á propósito, se me notifica que seré conducido á Cádiz como un criminal.

—Para que vea usted,—exclamó el polizonte con irri- tante ironía,—para que vea usted que no somos tan malos como dicen por ahí (contrariando la orden que dispone sea usted tratado con serenidad), voy á aliviar en lo posi- ble su situación.

El abogado sintió renacer en su espíritu la esperanza.

El esbirro sonrióse burlescamente y preguntó con gran sorna al jurista:

—¿Tiene usted dinero?

—Sí, señor,—respondió éste;—dispongo de alguna can- tidad.

—Pues si usted lo desea, se evita ir en la conducción apelando á un procedimiento muy sencillo: paga usted hasta Cádiz su asiento en la diligencia y el de los dos vi- gilantes que han de acompañarle, y negocio concluído.

—Perfectamente.

—Esto es lo único que puedo hacer por usted.

—Vivamente lo agradezco.

—Por lo demás, considero á usted una persona discreta y entiendo que dejará de hacerme preguntas.

Mendizábal asintió con una leve inclinación de cabeza.

A pesar de todo, dada la crueldad del jefe de policía, Mendizábal no podía por menos de mostrarsele reconocido.

Bien es verdad que aquel favor había de pagarlo muy caro, pero á trueque de no ir de cárcel en cárcel sufriendo los rigores de una conducción en aquel tiempo, podía darse una fortuna.

La invocación de Cádiz hizo comprender al abogado que su punto de parada en la Península sería el castillo de Santa Catalina.

Aquella inexpugnable fortaleza era una de las prisiones que el Gobierno había convertido en depósito de progresistas condenados á la deportación.

Y claro está que de allí los presos habían de partir á lejanas tierras.

Estas consideraciones y detalles que nosotros exponemos éranle sobradamente conocidos á Mendizábal.

Recogiéndolos todos confusamente en su cerebro, despidióse de don Francisco, y exclamó:

—¡Fernando Póo! ¡Las Marianas! ¡Oh! ¡esta villanía no tiene semejanza en el mundo!

Aquella misma tarde, custodiado por *Pocito* y otro agente salía nuestro simpático personaje en la diligencia de Andalucía.





CAPITULO LVI

Por si acaso nos la pega

AL objeto de hacer un viaje cómodo, y eludir le molestasen demasiado sus guardianes, Mendizábal tomó tres asientos de berlina.

En ella penetró acompañado de los referidos polizontes.

Dos horas hacía que habían abandonado á Madrid los viajeros, cuando ocurrióse á Mendizábal entablar una conversación movida con los esbirros, quienes no habian hecho sino mirarle recelosamente.

A tiempo que esto efectuaba el abogado, exclamó presentando la petaca á los mismos:

—Deploro que los cigarros estos no sean mejores; empero ya encontraremos por ahí tabaco habano.

—No parecen estos malejos,—exclamó *Pocito* tomando el puro que le ofrecían, por cuya donación no se le ocurrió dar las gracias.

Los tres viajeros, una vez encendidos sus tabacos, entablaron animada conferencia.

Versó ésta sobre asuntos generales y de poco interés, por cuyo motivo no la revelamos á nuestros lectores.

Baste decir, que á medida que los expedicionarios consumían sus vegueros, el diálogo entablado hacíase chispeante é íntimo.

Circunstancia que nada de particular ofrece, si se atiende á que el mayor incentivo para que surja entre hombres una conversación, se encuentra en el humo de la famosa planta americana.

Era ya bien entrada la noche cuando el emigrado y sus guardianes llegaron á una posada en la cual se detenía el coche más de media hora.

Mendizábal, dirigiéndose á *Pocito*, preguntóle afablemente:

—Supongo que no habrá inconveniente en que cenemos aquí. Yo tengo bastante apetito y entiendo que ustedes se hallarán en igual caso.

—Así es,—contestó el polizonte interpelado.—Puesto que nos dan tiempo, bajaremos del carruaje.

Apeáronse del coche los tres individuos y penetraron en la venta, dirigiéndose al comedor.

El abogado sentóse á la mesa y á sus dos lados, dejándole en medio, hicieron lo propio los vigilantes.

Mendizábal inquirió de uno de los criados lo que allí servían de cenar y enterado de ello, eligió los mejores y más sabrosos platos.

Colocados éstos en la mesa, víctima y verdugos comenzaron á honrar los manjares con entusiasmo verdaderamente estudiantil.

Durante la comida que, como hemos dicho, fué espléndida, Mendizábal procuró tratar á sus guardianes con idéntica consideración que si fueran personas decentes y compañeros suyos.

Pocito y su colega que, á pesar de *cuidarse* en la corte con algún esmero, no estaban habituados á aquel linaje de festines, sintiéronse satisfechos y asombrados.

En medio de su manera de ser hicieron visible en sus rostros un vislumbre de gratitud.

La cual hubo de acentuarse cuando tras la comida ocurriósele á Mendizábal pedir licores y cigarros.

Bien repletos los estómagos, y despiertos los cerebros á obra de las invasiones del alcohol, los vigilantes y el preso regresaron al coche.

Penetraron en él, y ganosos los esbirros de probar, en cierto modo, su gratitud al jurista, ofreciéronle una manta con que abrigarse.

Mendizábal desplegando una sonrisa franca y noble, les dijo:

—Gracias, amigos, acepto la oferta porque la he menester, y en razón á que me han hecho ustedes salir con

tal premura, que ni tiempo he tenido para comprar lo más necesario.

—Por eso no hay que apurarse,—repuso *Pocito*, echándose de liberal.—Habiendo dinero, en el camino puede adquirirse cuanto haga falta.

—Felizmente no carezco de fondos,—exclamó el abogado con acento indiferente.—No me podía suceder mayor catástrofe que ir emigrado y viajar sin blanca.

Los polizontes abrieron sus ojos como platos al oír el timbre sonoro de estas frases.

Mendizábal, que era vivísimo, recogió plenamente este detalle; empero se mostró ajeno del todo al mismo.

Lo único que hizo fué repetir á sus guardianes que no se preocuparan de los desembolsos que hubiera que realizar.

Luego suplicó á los agentes que le dejaran descansar algunas horas.

Concedida la autorización y convenidos los secuaces de D. Francisco el Chico, en que uno de ambos dormiría, mientras el otro velaba, tocóle á *Pocito* el primer beneficio del reposo.

El abogado, que no había pegado los ojos durante la noche anterior, recostóse en un ángulo de la berlina.

Por más que hizo para abstraerse, no pudo conciliar el sueño.

Dos circunstancias poderosas eran parte á impedirselo: primeramente su exaltación nerviosa, en segundo término, la idea de recobrar la libertad; idea que le aguijoneaba, haciéndole á la vez proyectar todo linaje de habilidosos ardides.

La fuga era el prólogo de la venganza del abogado, ¿mas cómo huir?

Exponerse á un fracaso era una temeridad loca que hubiera seguramente agravado su situación; intentar el soborno de los polizontes, habría sido vano empeño, dado que ni para ello tenía dinero bastante, ni los esbirros eran hombres que vendían su pelleja á cambio de la infidelidad.

Por otra parte pretendía encontrar Mendizábal uno de esos recursos de ingenio que tan buenos resultados suelen producir en ciertos apurados trances de la vida; empero recordando que sus dos guardianes, *Pocito* especialmente, eran dos pillos de playa, desistió de su tentativa.

Resultado de todo: que en fuerza de cavilar y poniendo su nebuloso porvenir en esa redención lejana que se llama la esperanza, quedóse nuestro abogado dormido.

El que le vigilaba cabeceó un poco sin poder hacer otra cosa, pues de cuando en cuando, *Pocito* despertábase y enviaba á su colega una mirada de autoridad.

La noche transcurrió sin accidente alguno digno de mencionarse.

La diligencia no se detuvo más que el tiempo preciso para cambiar de tiro.

Ya bien entrado el día hicieron alto los viajeros.

El carruaje se detuvo frente á un parador llamado Venta de Correderas, bajo cuyas negruzcas paredes embriagáronse multitud de veces con el licor de Noé, José María el Tempranillo y otros bandoleros famosos.

Mendizábal que había despertado hacía tiempo, dijo á sus acompañantes:

—Si á ustedes les parece, aquí nos desayunaremos.

Aceptada la invitación por los polizontes, entraron todos en la posada.

Mendizábal pidió le sirviesen chocolate; pero los esbirros que habían la costumbre de tomar la mañana solicitaron y bebieron algunas copas de aguardiente, sin perjuicio de engullirse luego dos enormes trozos de jamón.

Porque, lo que decía *Pocito*:

—Los gobernantes necesitamos comer bien, si hemos de manejar con acierto la cosa pública.

No satisfechos aún los secuaces de don Francisco el Chico, pidieron tras el jamón unas copas.

Esto era lo que precisamente anelaba el abogado, pues bien sabido es que el alcohol hace más expansivas á las gentes.

Reanudada la marcha, recayó la conversación acerca del viaje.

El preso y sus guardianes estuvieron muy explícitos y el primero repuso:

—Convengo con ustedes en que no voy pasándolo mal y juzgo de mi deber guardar á don Francisco profundo agradecimiento: me ha permitido venir con comodidad y esto ya es algo. Por lo demás, lamento el haber tenido que abandonar á Madrid.

—Ya lo creo; como que á nadie le gusta viajar á la fuerza,—exclamó *Pocito* sonriéndose.

—Y mucho más,—objetó Mendizábal,—cuando es en castigo de faltas y delitos no cometidos. En esta ocasión la policia ha dado un golpe en vago; pues yo nunca me he mezclado en política. No sé qué gana el Gobierno con perjudicarme.

Pocito miró al abogado con expresión inquisitorial y sonriendo irónicamente como el que duda de lo que le dicen, exclamó:

—Si quiere usted creerme, me parece sumamente extraño que siendo usted inocente le hayan preso.

—¿Y qué objeto,—repuso el interpelado—llevaba yo con mentir, si de todas suertes se me castiga como si fuese culpable? A mas de esto, convencido me hallo de que ustedes nada pueden hacer en obsequio mío.

—Tiene usted razón,—exclamó *Pocito* moviendo la cabeza;—pero no pierda usted la esperanza, porque siendo inocente, aún puede arreglarse la cosa.

—¿Lo entiende usted así?

—Como lo digo, lo siento.

—Pues yo insisto,—repuso firmemente Mendizábal;—yo insisto en que es imposible se normalice mi situación, interin se me impida escribir á mi casa. Si se me hubiese facultado para dirigir dos letras á mis amigos, á buen seguro que no hubiera yo salido de Madrid.

—¡Vaya una nimiedad! En cuanto llegemos á Cádiz, puede usted cartearse con quien le dé la gana.

—Si me dan tiempo y según al lugar á donde me lleven,—exclamó tristemente el abogado.

—A donde llevamos á usted, es al Castillo de Santa Catalina,—apresuróse á decir *Pocito*.

—No me parece mal,—repuso Mendizábal aparentando profunda alegría.—El sitio no es de lo peor, y sobre todo he hecho un viaje de recreo, pues con ustedes se camina bien.

—Con nosotros vá todo el mundo perfectamente,—exclamó con acento orgulloso el colega de *Pocito*.—Por más que las gentes dicen que somos unos granujas, nos sentimos hombres honrados y buenos: lo que hay es, que el que no posee fortuna ha de ganarse los garbanzos de algún modo y no tenemos otro remedio que cumplir las órdenes que se nos dan.

—Dice usted bien,—repuso Mendizábal con gran cordura.—Yo no culpo á ustedes, porque cada uno vive como mejor le conviene.

—¡Vaya, un cigarro!—añadió el jurista presentando la petaca á sus guardianes.

Los polizontes, que estaban á la verdad admirados de la esplendidez y buen humor del preso, tomaron respectivamente un cigarro.

Las primitivas dudas y los primeros celos que *Pocito* experimentara ante la inexplicable conducta del abogado, quedaron, desde luego, desvanecidos.

El esbirro no temió ya que el emigrado le hiciera proposiciones para la fuga.

La generosidad de Mendizábal y el trato de príncipes á que, ciertamente, no estaban acostumbrados aquellos bribones, ablandaron en parte el pecho de los mismos, impulsando á *Pocito* á que dijera para su interior:

—No cabe duda que este hombre es una persona decente que sabe distinguir.

Mendizábal á su vez no hacía cosa que no se encaminara á ganarse el afecto y la voluntad de los polizontes.

En cuantos sitios el carruaje se detenía, obsequiaba el abogado espléndidamente á sus guardianes.

Durante el trayecto, consumíanse de tal suerte los cigarros, que era una maravilla.

Ocioso será repetir que *Pocito* y su colega dejábanse querer como vulgarmente se dice; y si no rechazaban ninguna fineza, era, á no dudarlo, para no caer en descortesía.

Algunos días de camino llevaban ya los expedicionarios cuando hubieron de arribar á Córdoba.

A pesar de las buenas condiciones en que habían realizado el viaje, hallábanse los mismos positivamente fatigados.

Mendizábal, que así lo reconoció, juzgando que no le sería trabajoso convencerle, dijo á *Pocito*:

—Paréceme, amigo mío, que sería conveniente nos detuviésemos á descansar un día en esta capital. Yo estoy molido, y tengo para mí que á ustedes ha de sucederles lo propio.

—A la verdad,—repuso el interpelado,—que llevo los huesos como si me hubieran dado una paliza: estos viajes en diligencia son del todo punto insoportables.

—¿De modo,—preguntó Mendizábal,—que usted asiente á que durmamos una noche en Córdoba?

—No sé qué le diga á usted;—contestó *Pocito*, moviendo á uno y otro lado la cabeza.—Don Francisco nos dió instrucciones muy severas, y...

—¿Y qué necesidad tiene su jefe de ustedes, de enterarse de este detalle?

—Es cierto; pero...

—Ustedes con dejarme en Cádiz han cumplido colmadamente con su obligación.

—Certísimo igualmente,—agregó el otro policia;—el señor parece de fiar, y haciendo nosotros lo que él afirma, no faltamos á nuestros deberes.

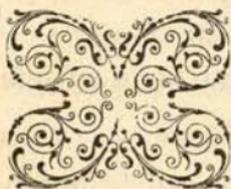
—Entonces,—*Pocito* repuso con decisión,—quiere decir que pasaremos un día en Córdoba.

—¡Magnífico!—exclamó el abogado, golpeando cariñosamente el hombro derecho del concesionario;—puesto que ustedes son tan amables que acceden á mis deseos, lo que ahora conviene es ir á una fonda en donde se nos instale con comodidad.

Puso en práctica el jurista sus halagüeñas palabras, y al efecto, precedidos nuestros tres personajes de un mozo del parador, ante cuya puerta el carruaje se había detenido, partieron en dirección de la fonda mencionada.

Durante el trayecto iba diciendo *Pocito* para su ropaje:

—Este hombre es todo un caballero: si cuantos liberales conozco se portaran como él, desde que salimos de Madrid habria yo vuelto gustoso la casaca.





CAPITULO LVII

Proyectos, dudas y cálculos

MENDIZÁBAL y sus acompañantes arribaron á una de las mejores fondas que en Córdoba había á la sazón.

Penetraron en el establecimiento y el abogado pidió al fondista le dispusiesen un amplia habitación en la que hubiese tres camas.

Con esta última prudente medida, alejaba el proscripto, del ánimo de sus guardianes, toda idea sospechosa de que pudiera él mismo fugarse.

Satisfechos los deseos del jurista en lo relativo á las condiciones de su hospedaje, permaneció aquél en su cuarto algunos minutos en unión de los policías.

Llegada la hora del almuerzo, uno y otros bajaron al comedor.

Como de costumbre, tomó asiento Mendizábal en medio de sus dos celadores.

Excusado es decir que el almuerzo fué abundante y sabroso en demasía; los platos servidos superaron en mérito á los consumidos anteriormente; y las instancias del abogado para que sus comensales hicieran los honores á la mesa, repitiéronse con fraternal interés.

Ante tan marcados atractivos, los polizontes engulleron como cafres.

Terminado el almuerzo y servido el café, dijo Mendizábal á los esbirros:

—Preparadas ya debidamente las fuerzas, propongo á ustedes una cosa.

—Explíquese usted.

—Paréceme á mí, que hallándonos en esta antiquísima ciudad y abandonarla sin visitar sus primorosos monumentos, resultaría una aberración.

—Dice usted bien.

—Celebro que ustedes convengan conmigo: en tal virtud, si á ustedes les parece, haremos una breve excursión á las ermitas, lugares pintorescos y bellísimos, y de regreso entraremos en la catedral.

Los polizontes asintieron gustosos á la proposición de Mendizábal.

La prodigalidad y esplendidez del jurista, habían mo-

ralmente cambiado los papeles en aquel drama de la infamia política. *Pocito* y su colega habíanse trocado en esclavos, de señores que fueron.

Siempre ha acontecido lo propio en la historia de la miseria humana: cuando la víctima se viste de oro, tórnense en caricias las brutales agresiones del verdugo.

Con gran contentamiento suyo, y olvidando, en parte, el lugar que á cada uno correspondía en el cuadro de la deportación, emprendieron la caminata nuestros excursionistas.

Pocito, especialmente, mostróse gozoso y satisfecho hasta la exageración.

A cada instante no hacía otra cosa que enderezar preguntas indiscretas y disparatadas al abogado, quien contestábalas con gran cordura, no sin ahogar en su boca las explosiones de la risa.

Mucho hubieron de agradar al esbirro las cosas que viera; pero su asombro no tuvo límites cuando, acompañado de sus dos colegas de viaje, acertó á penetrar en la mezquita-catedral.

—¡Cuánta columna! ¡cuán sublime grandeza!—exclamó el agente, al contemplar el precioso monumento levantado por la cultura arábica.—A fe mía,—repuso,—que si resucitaran los infieles, me venía aquí á vivir con ellos.

Y cual si fuese un selenita descendido de súbito á las regiones de la tierra, quedóse como petrificado

Luego, recobrando la integridad de su juicio, volvió á su cuestionario artistico, del que, como antes, resultó victima propiciatoria el bueno de Mendizábal.

Cada nueva pregunta que *Pocito* hacía, representaba un nuevo y descomunal desatino también.

La ignorancia de aquel menguado en achaques estéticos, tenía sus polos en lo incomprensible.

Lo cual nada de particular ofrece si se atiende á que, descartada la de los edificios de la Corte, el policía y su compañero no conocían otra arquitectura que la arquitectura penitenciaria: esto es, la de las cárceles y presidios.

En cuyos correccionales, dicho sea de paso, aprendieron literatura aquellos bribones (solazándose durante las horas que les dejaba libres la esgrima de navaja), en el repaso de las hazañas de *Los siete niños de Ecija*, de *La Garduña de Sevilla*, y de otras análogas personalidades.

Examinado, pues, al detalle, cuanto de notable encierra la catedral de Córdoba, abandonaríanla los viajeros.

A su salida, proyectaron y pusieron seguidamente en práctica, dar un paseo por las calles de la población.

Hizo la suerte que cuando apenas hubieron recorrido nuestros personajes unos veinte metros, se ofreciese á sus ojos el escaparate de una magnífica tienda de joyas.

Conviene advertir, que á la sazón estaba en Córdoba muy desarrollado el comercio de esta clase de artículos.

Mendizábal invitó á sus colegas á que se detuviesen ante el escaparate predicho, y una vez logrado esto, hubo de decirles:

—Para que conserven ustedes un recuerdo mio, voy á hacerles un modesto obsequio, que no dudo me dispensarán el honor de aceptar.

Y penetró en la joyería, mientras los dos guardianes quedábanse á la puerta.

Poco después salía el abogado, siendo portador de dos preciosos estuches, cada uno de los cuales contenía magnífica cadena de plata de gruesos hilos, muy de moda en aquel tiempo.

La impaciencia que sintieron los dos bribones por conocer lo que el preso les deparaba, tornóse en júbilo indecible al contemplar el contenido de los estuches mencionados.

Los esbirros deshiciéronse en elogios, en zalamerías y en frases de inmensa gratitud para su bienhechor; y á tal extremo llegó el entusiasmo, de *Pocito*, sobre todo, que á punto estuvo de otorgar á Mendizábal la libertad.

Con frase conmovida, con acento entrecortado por la emoción, exclamó el propio *Pocito* abriendo las válvulas de su alma:

—Mire usted, señor de Mendizábal, yo no puedo hacer más que hablar con don Francisco y llevar á Madrid las cartas que usted desee.

—Gracias, muchas gracias, mi buen amigo,—contestó cariñosamente el interpelado;—por ahora me privo del placer de aceptar su cortés ofrecimiento, á trueque de que usted no se comprometa.

—¡Qué compromiso ni qué ocho cuartos!—añadió el esbirro con firme convicción.—Yo sé lo que me hago, y á mi compañero le sucede lo propio.

—Siendo así, acepto gustoso el servicio.

El preso y sus guardianes recorrieron tranquilamente varias calles de la ciudad, y al cabo de un buen paseo regresaron á la fonda.

Comieron con bastante apetito, y teniendo en cuenta que la diligencia no se pondría en marcha hasta las tres de la tarde del siguiente día, pensaron en asistir aquella noche al teatro.

Terminado el espectáculo, y ya otra vez en su habitación, acostáronse nuestros tres personajes.

Pocito, disimuladamente y por lo que pudiera suceder, cerró con llave la puerta del cuarto, ocultando aquélla bajo su almohada, para mayor seguridad del preso.

Pocas horas después, *Pocito* y el autómeta de su colega roncaban como prebendados.

Mendizábal sentíase agujijoneado por los anhelos sublimes de la libertad.

Cualquiera menos inteligente y habilidoso que nuestro

simpático personaje, habría ya caído en la puerilidad de una tentativa de soborno, para lograr la fuga.

Empero, el abogado no era hombre capaz de dejarse arrastrar por las impresiones del momento.

Luchando con el insomnio, y dando albergue en su cerebro á los proyectos más temerarios, el eximio defensor de Andrés no pudo descansar un instante.

Y en verdad que el único descanso positivo que hubiese podido alcanzar el jurista, consistía en verse libre de los secuaces de don Francisco el Chico.

Dando vueltas y más vueltas á su imaginación, decíase Mendizábal:

—Proponer á esos menguados que me dejen huir, no me costaría trabajo: mas si se negasen á ello, ¿en qué estado tan embarazoso no quedaba yo? Recelosos los agentes me privarían hasta de la relativa libertad de que ahora disfruto, gracias á la exuberancia de mi bolsillo. ¡Oh! Si este me lo permitiera derramaría el oro á torrentes; pero... por desgracia no dispongo de lo bastante para satisfacer la codicia de dos bandidos.

—Por otra parte,—seguía diciendo Mendizábal para sí, —aun cuando obrase en mi poder un caudal, era problemático que mis guardianes se rindieran, dado que su infidelidad les exponía á ir á presidio.

No se equivocaba ciertamente nuestro jurisconsulto al

sostener su última afirmación; porque aparte de que, el delito á que se refería era de suyo grave, los que formaban la policia de entonces solian, generalmente, tener alguna cuenta atrasada con la justicia, y en casos como aquel, acostumbraba ésta á cobrarse la deuda con interés subido.

Resultaba en su virtud, de tan intrincado laberinto de proyectos, que Mendizábal no veía otra solución que conformarse con su negra suerte.

Empero, esto era tristísimo en verdad.

Por momentos iba el abogado acercándose al término de su viaje, que estaba en Cádiz, como sabemos, y ya allí, su salvación hubiera sido imposible.

Porque permanecer encerrado en el castillo de Santa Catalina, equivalía á dar el primer paso en el terreno de la muerte. Los presos que en aquél se custodiaban eran luego embarcados para las Marianas y Fernando Póo, cuyos climas insalubres, y la miseria que allí reinaba, concluían con la casi totalidad de los emigrados.

Todos estos pensamientos lúgubres, de tal suerte excitaron el cerebro del abogado, que, lleno de pavora, hubo éste de incorporarse en el lecho.

Y como á la vez saliese de su labio un gemido doloroso, el *Pocito* exclamó, despertándose agitado:

—¡Eh! ¡Quién va!

—Soy yo, amigo mío. Nada hay que temer,—respondió sonriendo el jurista.

—¿Usted, señor Mendi... zabal? pues... en... tonces... has... ta... luego.

Y bostezando, cayó *Pocito* de nuevo en la almohada, quedándose dormido.

Tres horas largas faltaban todavía para que saliese el sol, y el defensor de Andrés continuó sin poder descansar.

La idea de verse libre no le abandonaba un momento; y de tal modo subyugaba su ánimo, que le impulsaba á hablar á solas cual si fuese víctima de la más cruel y despiadada de las monomanías.

A cada instante balbuceaba de modo informe el jurista, estas ó parecidas palabras:

—¡Santa Catalina! ¡el castillo! ¡Oh! Yo sé de algunos deportados que lograron evadirse de allí; si pudiera como ellos...

Razón tenía Mendizábal para afirmar lo que varias veces había leído en los periódicos; empero, precisamente porque repitiéronse con harta frecuencia tales evasiones, el gobierno había tomado serias medidas para garantir la seguridad de los políticos encastillados en Cádiz: la guarnición de la predicha fortaleza estaba triplicada; las puertas y huecos de la misma velábanse con gruesos cerrojos; la disciplina interior del castillo no podía ser más severa, y á extremo tan duro se llevaba todo, que los centinelas hallábanse apercibidos para descargar sus fusiles sobre el primero que intentara fugarse.

Estas circunstancias, desconocidas plenamente para el pobre deportado, hacian perfectamente nulo el amplio capítulo de sus proyectos é intenciones.

Por fin y á obra, naturalmente, del cansancio ocasionado por la lucha moral, quedóse el bueno de Mendizábal profundamente dormido.

Su sueño hubo de durar bien poco, pues no habrían trascurrido dos horas desde su iniciación cuando ocurrióse á Febo visitar con su traje de luz la estancia aquella y al bueno de *Pocito*, echarse al suelo, como vulgarmente se dice.

Sin pararse el esbirro en consideraciones ni en cortesías de ninguna clase hacia los otros dos durmientes, lo primero que efectuó fué sacudir bruscamente el cuerpo de su colega de oficio, para que despertara.

Logrado esto, púsose *Pocito* á sacar lustre á sus botas, entonando á la vez desaforadamente y con voz gatuna, este cantar andaluz:

*¡Tu cariño es como el toro,
que donde lo llaman, vá:
el mío es como la piedra;
donde lo ponen, se está!*

Con timbre tan agudo pronunció *Pocito* la última palabra de la copla, que Mendizábal despertóse sobresaltado.

—¡Eh! señor: no hay que asustarse,—exclamó *Pocito* riéndose á carcajadas.

—Por mi honor aseguro,—repuso el preso,—que cantando no se haría usted rico.

—Pues mire usted,—añadió el polizonte,—usted dirá lo que guste; pero ha de tener entendido que cuando mozo era mi voz encanto y gloria de mi pueblo: ahora no hace uno más que cantar en la mano.

Pocito dirigió á Mendizábal una mirada harto significativa, y este oprimió un timbre, cuyo agudo sonido percibióse claramente en la habitación.

Un criado de la fonda presentóse al punto en ella.

—Que traigan el desayuno,—repuso el abogado,—¿no es esto lo que usted quería, señor *Pocito*?—preguntó luego al policía.

—En efecto, señor Mendizábal, yo no me atrevía á manifestárselo á usted; pero sentía ya una carpanta. ¡Jesús! un hambre, quise decir, que no podía tenerme en pié.

—Nada de particular supone eso, porque cuando uno viaja, tórnase el estómago más exigente y antojadizo,—exclamó el abogado.

En esto penetró en la estancia uno de los camareros de la fonda, siendo portador de una enorme bandeja. Sobre ella campeaban grandes cafeteras colmadas de café y leche; vasos, un magnífico azucarero de porcelana, y tostadas de pan con manteca.

Al ver *Pocito* y su colega aquel servicio, estuvieron á punto de chuparse los dedos de gozo.

Empero, reprimiendo su alegría, limitáronse á tomar asiento en torno de un velador, sobre el cual, había colocado el camarero los vasos y demás continentes del desayuno.

Mendizábal, que no quería abandonar el papel de anfitrión en cuantos obsequios dispensaba á sus acompañantes, sirvióles el café por su propia mano.

Luego tomó cada cual lo que quiso del contingente de repostería.

No habían empezado á desayunarse los tres huéspedes cuando extrayendo de debajo del velador el compañero de *Pocito* una botella verdosa con aguardiente, exclamó:

—Señor Mendizábal, nosotros no hemos obsequiado á usted nunca y ya es hora de que esto suceda.

—Pero hombre, ¿dónde demonio ha comprado usted eso?—preguntó riendo con todas sus ganas el abogado.

—Mientras usted estuvo en la joyería lo adquirí en una tienda próxima, es Escatrón legítimo y, según me dijo el tendero, es excelente para refrescar. Conque, andando, y no nos desprecie usted.

Mendizábal, por no hacer el melindroso y á fin de tener contentos á sus guardianes, apuró de un sorbo, aunque con bastante repugnancia, el contenido de la copa que le sirvieran.

—¡Eso es un hombre! ¡Venga otra por mí!—exclamó *Pocito*.

El jurista bebió no más que hasta la mitad de la nueva copa, y dijo:

—Señores, paréceme que ni á ustedes ni á mi nos es conveniente abusar de esa bebida; á ustedes por su misión de mantenedores del orden público; á mi, porque ni estoy acostumbrado á usarla, ni este linaje de expansiones se acomoda á mi carácter.

CAPÍTULO LVII

Los polizontes mordieronse los labios, traduciendo el alcance y significado de la reprensión de Mendizábal, y juzgaron prudente abandonar el alcohol que fué sustituido por el café.

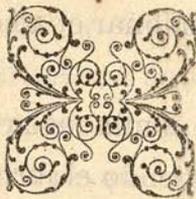
Y como los mismos continuasen cortados y sin hablar una palabra, comprendiendo el jurista lo ambiguo y tirante de aquella situación, varió de rumbo en su frase y volvió á su amenidad acostumbrada.

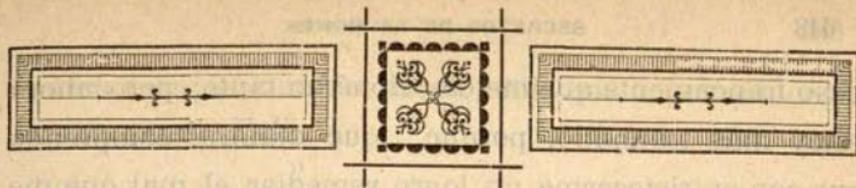
Los esbirros alegráronse mucho de ello y recobraron su libertad moral perturbada sólo por breves instantes.

Terminó, pues, el desayuno en medio de la amistad más franca; fumaron los tres individuos sus magníficos cigarros habanos; y sin que les ocurriera durante aquella mañana accidente digno de mencionarse, esperaron á que fuese llegada la hora de abandonar la antigua ciudad para continuar el itinerario trazado por la mano de la Reacción.

Así hubo de acontecer: á las tres en punto de la tarde

de aquel mismo día, salía en dirección de la capital sevillana el coche conduciendo á nuestros viajeros, todos los cuales iban tranquilos, si se exceptúa el bueno de Mendizábal, quien sintió se ahogaba un hondo suspiro suyo en el inarmónico són que siempre producen al partir los chasquidos del látigo de los mayorales.





CAPITULO LVIII

La jaula vacía

Fué disipándose, poco á poco al parecer, aquella tristeza que al salir de Córdoba se apoderó momentáneamente del ánimo de Mendizábal.

Y decimos al parecer, porque en el fondo el abogado hallábase contristadísimo.

Empero no le convenía en modo alguno que sus guardianes advirtiesen su decaimiento, porque esto era dar motivo á que se alarmasen, y tras de las alarmas, habían de venir, naturalmente, las sospechas y los recelos contra el emigrado.

Teniendo en cuenta tales consideraciones, Mendizábal, procuraba disimular en lo posible su verdadera situación moral, y no hacía sino decir á los esbirros:

—Amigos míos; al abandonar la ciudad cordobesa, con-

fieso francamente que me emocioné un tanto; pero ahora estoy más tranquilo, porque, ¡qué diantre! comprendo que con entristecerme no logro remediar el mal que me aflige. En su virtud, echo fuera la pena, y sea lo que Dios disponga.

—Obra usted con cordura, señor abogado,—exclamó *Pocito* asintiendo con la cabeza,—las cavilaciones hacen más víctimas que el hambre, y habiendo buen humor sobran alientos para todo.

—Las consideraciones que ustedes me dispensan y que agradezco muchísimo, influyen poderosamente en hacer más llevadero mi dolor.

—Crea usted, señor Mendizábal,—repuso el colega de *Pocito*,—que el trato dulce, expansivo y cariñoso que hemos consagrado á usted durante el viaje, no tiene copia en la historia de ningún deportado liberal: esto, para que se convenza usted de que no somos tan malos como dice la gente por ahí.

El jurista estuvo á punto de soltar un descaro á aquel hombre que había, como su compañero, tragado á dos carrillos á costa de su bolsa; empero se contuvo y exclamó:

—Bien hace usted en afirmar que me han tratado perfectamente; por ello, repítoles que mi gratitud no tiene ni tendrá término jamás.

Al pronunciar estas frases, el abogado obsequió á sus guardianes con nuevos cigarros.

Los polizontes saborearon los aromáticos habanos y

continuaron su camino, departiendo hasta por los codos con Mendizábal.

Por fin llegó la diligencia á Sevilla.

Hacia una tarde serena y hermosa y el poético Guadalquivir rizaba en la calma más dulce sus ondas plateadas.

A la verdad, la antigua joya hispalense atraía con los encantos de su cielo siempre azul.

Mendizábal, que era hombre de espíritu elevado, sintió ante la perla de Andalucía la propia emoción que experimentaría un alma transportándose desde el purgatorio al cielo.

Por este motivo y en razón también de que aun, á su juicio, no estaban suficientemente blandos sus guardadores, pensó en que le era conveniente hacer escala en aquella bellisima ciudad.

Con tal objeto dijo el abogado á sus guardianes:

—Toda vez, amigos míos, que ya no tenemos que atravesar capital importante alguna y que nos falta poco para dar con nuestros cuerpos en Cádiz, propongo á ustedes que, á semejanza de lo hecho en Córdoba, nos detengamos y descansemos aquí.

—Aceptado;—repusieron á una los polizontes, sonriendo con la misma placidez de un tudesco comilón y sibarita.

Los agentes recordaban que el preso había en Córdoba

encadenado sus voluntades con ligaduras de *plata* y ¡es claro! nada más fácil que la gratitud de aquél buscarse en Sevilla nueva recompensa á sus servicios. Los expedicionarios hicieron alto en la hermosa capital andaluza.

Ante la sinceridad y resignación de Mendizábal, los esbirros adquirieron la absoluta certeza de que éste no sería nunca capaz de fugarse.

Guiados por el zagal de la diligencia, profundo conocedor de Sevilla, los tres viajeros fueron á instalarse en la mejor fonda de la ciudad.

Como de costumbre, y aunque las monedas del abogado habían experimentado un decrecimiento sensible, no quiso aquél acortar á última hora el amplio capítulo de sus prodigalidades.

En su consecuencia, los polizontes siguieron comiendo, bebiendo y fumando como principes.

El resto de aquella tarde pasáronlo descansando nuestros personajes.

Llegada la hora de comer renunciaron á hacerlo en la fonda, para efectuarlo en sitio más alegre y más ameno.

El tal sitio no era otro que uno de los muchos establecimientos ó casas de comida de montañeses, que inmediatas al muelle sevillano existían por aquel entonces.

Consumiendo buenas piezas de salchichón, magníficos

platos de pescadillas, y no escasa ración de aceitunas del país, y apurando algunas botellas de excelentes Jerez y Manzanilla, pasaron una gratisima noche el deportado y sus guardianes.

Bien corrida ésta y ya perfectamente satisfechos, determinaron volverse á la fonda.

Pocos instantes hacia que en la misma se encontraban, cuando oprimiéndose Mendizábal con ambas manos la región abdominal, dijo con dolorido acento:

—¡Cáspita! el vino y los pescados me han descompuesto el vientre y siento invencible necesidad de desahogarlo. ¿Quién de ustedes tiene la bondad de acompañarme al retrete?

—Yo iré,—exclamó *Pocito* con gran solicitud.

Y emprendiendo la marcha tras el abogado, que caminaba muy de prisa, llegó el policía frente por frente del número 100.

Mendizábal penetró en el lugar excusado, cerrando la puerta por dentro.

Pocito quedó de guardia á la parte de fuera, y en tanto oficiaba de centinela infatigable, no hacía sino decir:

—Por si me la quisiese pegar, aquí permaneceré hasta que salga.

El bueno de *Pocito* tuvo la paciencia de esperar á pié

firme á que el abogado saliese de aquel lugar; mas observando que tardaba bastante en hacerlo, llegó á impacientarse ante el temor de que el preso le hubiera jugado alguna mala partida.

Al objeto de comprobar si eran ó no ciertas sus dudas, y para no pecar de indiscreto á la vez, agachóse el polizonte un poco y se puso á mirar por debajo de la puerta del cuarto excusado.

Con placer verdadero advirtió el esbirro la sombra que proyectaban los piés de Mendizábal: los débiles rayos producidos por una lamparilla de aceite, cuya luz irradiaba el interior del retrete aquel, sirvieron á *Pocito* de poderoso auxiliar para su compulsa.

Una vez adquirida la seguridad de que *el pájaro* continuaba encerrado en su jaula, se dijo:

—Hay que convenir que este hombre es lo que se llama toda una persona decente. Ya iba él á valerse de subterfugios y de traiciones para jugárnosla; primero se dejaba ahorcar.

Lo que sucede es que este maldito oficio nos hace un tanto escamones, y en todas partes no vemos sino sombras y fantasmas: él saldrá, ¡ya lo creo que saldrá! y bien pronto.

En vano esperó el celador á que Mendizábal abandonase aquel ingrato sitio.

Cerca de media hora fué transcurrida, durante la cual el polizonte sintió herida su alma por el punzante aguijón de la más cruel impaciencia.

—¡Vive Cristo!—repuso *Pocito* pateando el pavimento, —que esto va ya pasando de castaño oscuro; si no fuera una imprudencia, llamaria á ese hombre; pero no, no diga que se le atropella y que ni aun para hacer sus necesidades tiene libertad.

Mejor es que sigamos esperando.

El esbirro agachóse de nuevo hasta tocar con la parte inferior de la puerta del retrete.

Al advertir como al principio los piés del abogado, exclamó limpiándose á la vez las gruesas gotas de sudor que por sus mejillas corrían:

—¡Ay! respiro. Mientras yo vea esa sombra estoy tranquilo; pero perfectamente tranquilo. Mas ¿qué demonio le ocurrirá para estar ahí tanto tiempo?

Pocos escrúpulos supone la estancia prolongada en ese lugar ingratísimo; sin embargo, yo he oído que existen individuos de olfato tan perturbado, que lo que á todo el mundo repele, á ellos les atrae recreando como nada sus pecadoras narices.

¿Pertenece á Mendizábal á esta clase de hombres?

Pocito guardó silencio breves instantes, y un acentuado matiz de verdadera cólera comenzó á teñir su rostro.

El empedernido corazón del policía latió con fuerza y violencia inusitadas.

Revistiéndose de la paciencia de un santo, no quiso, impelido por la furia, echarlo todo á rodar; empero, convencido de que el abogado no salía, gritó el esbirro hecho

un energúmeno, al par que descargaba sobre la puerta del retrete sendos puñetazos:

—¡Ea! ¡Basta de contemplaciones!

Como en los casos anteriores, *Pocito* obtuvo la callada por respuesta.

—¡Si se habrá muerto ese hombre!—exclamó el agente dándose á temblar como un epiléptico.—¡Señor de Mendizábal! ¡señor de Mendizábal!—añadió,—¿se ha puesto usted enfermo? ¿necesita usted alguna cosa?

El silencio más absoluto sucedió á esta pregunta.

—¡Dios de Dios! Aquí debe acontecer algo gordo; no nos faltaba más que esto; si ese hombre ha sucumbido, entonces si que hemos hecho un pan como unas hostias. ¡Abra usted, salga en seguida!—gritó el polizonte con todas sus fuerzas.

Y uniendo á la palabra la acción, repitió con tales bríos sus patadas sobre la puerta del excusado, que el otro esbirro acudió apresuradamente atraído por el ruido.

Pocito sudaba como si estuviese sometido á la acción calorífica de unas termas.

—¿Pero qué te acontece?—preguntóle sorprendido su compañero.

—Que todos los demonios se han conjurado contra mí: el abogaducho debe haber muerto de repente: mira por bajo de esta puerta y advertirás sus piés inmóviles.

—Tienes razón: pues compadre, no hemos ganado más que la cesantía por culpa tuya; por no obedecer las órde-

nes que se nos dictaron. ¡Rayos y truenos! si yo debía estrangularte: si yo debía sacarte á tiros el pellejo,—rugió el agente amenazando á su colega con los puños.

—¡Eh! Poco á poco,—contestó el agredido,—aquí nadie podía prever lo que ha pasado, y si ese hombre ha muerto tanto peor para él. Al fin y al cabo, en Fernando Póo hubiera sucumbido muy pronto.

Tan preocupados y envueltos en su diálogo hallábanse los dos esbirros que no se fijaron en la presencia del dueño de la fonda ni en la de varios huéspedes que habían acudido á aquel lugar.

Todos á una preguntaron:

—¿Qué acontece?

Pocito explicó á sus interlocutores en minucioso relato, su investidura, la misión que traían cerca del abogado y los temores y dudas que le asaltaban.

Los recién venidos, advirtiendo la clase de pájaros con quienes se las habían, comenzaron á desfilar.

Pocito entonces lleno de furor, no preocupándose más que de lo que á Mendizábal pudiera acontecerle, cedió en su paciencia joviana: echóse un poco atrás, tomó carrera, y descargando un formidable puntapié sobre la puerta del retrete, hizo saltar el pestillo que la sujetaba.

Un grito espantoso, acompañado de una terrible blasfemia, escapóse del labio del policia.

Mendizábal habíase fugado.

Con desesperación incomparable, con acento de loco,

moviendo la cabeza entre sus manos crispadas, rugió como un tigre el colega de *Pocito*:

—¡Maldita sea la hora en que nací! ¡Caballero él! Un granuja muy largo sí que era el tal Mendizábal: así lo parta una centella. ¡Oh! Como yo lo coge voy á hacerle pedazos.

—No hay que desesperarse: aun podemos atrapar al fugitivo,—exclamó *Pocito*.

—¡Atrapar!... ¿Crees, imbécil, que el abogado es tan bestia como tú? ¿crees que va á dejarse echar la garra así como quiera?

—Pues á nosotros toca poner en ejercicio todas nuestras artes para que el pájaro vuelva á la jaula; ya verás como el asunto tiene arreglo.

El colega de *Pocito* pareció tranquilizarse ante las seguridades que su cofrade le diera.

Respiró, pues, en su virtud ampliamente y se reconcilió en parte con su compañero.

Pocito, examinando el piso del retrete, repuso dirigiéndose á su colega:

—Mira, lo que á nosotros nos parecían los piés del abogado son las zapatillas.

—Las mismas que *el bandido* compró esta tarde; pero si él ha salido del cuarto con botas, á cuerpo, y sin llevar nada en las manos; ¿cómo diablos han podido venir aquí esas calzas enormes? vamos, hay para volverse locos.

—Todo eso está muy bien; mas lo que conviene ahora es no perder el tiempo: ¿qué hacemos?

—Por el pronto dar parte, venga lo que viniese.

—Justo, dar parte y que nos desuellen si es menester, ¿verdad?

—Te he dicho que creo no sucederá nada: convencidas las autoridades de nuestra inocencia, se limitarán á ordenarnos seamos nosotros los primeros en proceder á la busca y captura del delincuente.

—¡El cielo te oiga! Mira, mira por donde ha tomado el olivo el curial.

Y señaló á una pequeña ventana sita á espaldas del re-trete, y la cual ventana daba al jardín de la fonda.

Ante esta indicación, sin fijarse *Pocito* en el riesgo que pudieran correr sus costillas, tiróse por la ventana mencionada.

Afortunadamente para el policia cayó de pié en el jardín sin causarse el menor daño.

Lleno de agitación practicó en el mismo un minucioso reconocimiento: el resultado fué de todo punto infructuoso.

Tras el examen detenido de cuantas encrucijadas y veredas en el mencionado jardín habia, siguió un registro de línea por todos los cuartos y dependencias de la fonda.

Igual desencanto experimentó el policia.

En todos estos empeños de la función del orden público hizose acompañar del dueño, camareros y dependencia subalterna de la fonda en cuestión.

Todos, cuyos individuos, á la verdad, se alegraron profundamente de la evasión de Mendizábal.

El fondista, que, como buen andaluz, era dado á la chanza y á la socarronería, hubo de decir á *Pocito*:

—Y vamos á ver, compadre; aparte de lo que usted practica, que podrá ser muy bueno; ¿quién me paga á mí la cuenta?

—¡Satanás!—contestó el interpelado hecho una furia.

—Siento no poder dirigirme á ese señor; porque tiene muy lejos su casa,—repuso el fondista con gran sorna.

—Pues que le pague á usted el moro Muza; á mí no me venga usted con libros de caballería.

—Bien;—exclamó el fondista, permitiéndose golpear más que cariñosamente el hombro derecho del policía,—quiero decir que hablaré con el gobernador y ya verá usted como todo se arregla.

El agente limitóse á encoger indiferentemente los hombros.

Convencidos de la ineficacia de sus gestiones, los dos esbirros determinaron encaminarse al Gobierno civil para dar cuenta de lo ocurrido.

Ya allí, revelaron su investidura y solicitaron hablar con el jefe de orden público.

Juzgando este funcionario que los recién venidos trae-

rían alguna misión especial y secreta, no tuvo inconveniente en recibirlos en el acto.

Los apuros, temblores y dudas de los polizontes llegaron á su colmo cuando se vieron frente á frente del jefe aludido.

Ninguno de ambos acertaba á tomar la palabra, y advirtiéndolo el propio avinagrado personaje, hubo de preguntar con voz áspera:

—Y bien, ¿qué se les ofrece á ustedes?

Pocito comenzó á balbucear, diciendo:

—Es el caso, señor inspector, que á nosotros nos ha sucedido una desgracia grande.

—¡Pronto, diganla ustedes!

—¡Bien sabe Dios que nosotros no hemos tenido la culpa!

—¿Qué es lo que pasa?... ¿Cuánto apostamos á que se trata de alguna traición hecha en pró de algún pillo liberalote?

—Señor inspector...

—Hablen ustedes, repito, ó los mando á un calabozo inmediatamente.

Con el mayor espanto reflejado en los ojos, con la más acentuada inseguridad en la frase, *Pocito* refirió al jefe mencionado, la fuga de Mendizábal.

A medida que el agente explicaba los detalles del hecho, el funcionario aquél iba poniéndose de veinticinco colores.

Jamás se vió rostro en que, como en el suyo, se retra-

tasen con caracteres tan definidos, la ira, el desprecio y la indignación.

La vista del inspector cubrióse de sangre, enarcáronse sus cejas, erizóse su espeso y negro bigotazo y amasando verdaderamente á puñadas la mesa que tenía ante sí, gritó, al par que *Pocito* terminaba su discurso:

—¡Bien, muy bien: me ha encantado la historia! ¿Conque, es decir, miserables, que así responden ustedes á la confianza que en sus personas se deposita? Ahora van ustedes á ver, como las gasto yo.

Y oprimiendo un timbre, hizo que se presentara en el despacho un inspector subalterno.

—¡Presto!—rugió el jefe hecho una fiera,—haga usted que se vigilen escrupulosamente las puertas de la ciudad y que se efectúe lo propio con cuantas personas transiten por el muelle y puedan embarcarse. ¿Lo oye usted? —

El interpelado contestó afirmativamente.

En seguida dispuso se practicara un registro minucioso en varias casas y establecimientos de la población, para ver de capturar al abogado.

El inspector subalterno salió como alma que lleva el diablo, á cumplir las órdenes de su superior.

Solo ya éste en su despacho, exclamó con cruel ironía, encarándose con *Pocito*:

—Menos mal que no les diera á ustedes la infame idea de escaparse con el progresista.

—Señor: eso le probará á usía que somos inocentes.

—Pues ya saben ustedes lo que hizo Herodes con ellos; de modo que aquí no hay más que cantar de plano,—repuso el jefe con acento amenazador, y luego añadió:

—Vamos á ver: ¿cuánto les entregó el liberalote porque le dejaran escaparse?

—Nada, señor inspector; ni mi compañero ni yo somos capaces de vendernos;—exclamó con cierta dignidad el colega de *Pocito*.

—Confiesen ustedes la verdad y miren que les tendrá más cuenta.

—Repito á usía que el abogado Mendizábal se ha fugado á pesar y en contra de nuestra celosisima vigilancia.

El inspector, sin atender á más razones, púsose en pié, descargando tan enorme bofetón sobre el rostro de *Pocito*, que á poco estuvo de hacerle caer en tierra.

—¿Creen ustedes que yo estoy en Babia?—gritó el jefe, hecho un energúmeno.—Un preso importante no se escapa nunca así como así; ¡granujas! como traten de engañarme júroles que les ahorco sin remedio.

—Pero...

—¿Dónde está la cantidad que han recibido ustedes? Pronto; díganmelo.

—¡Señor inspector, señor inspector, nosotros no hemos recibido nada!—exclamó *Pocito*, poniéndose de rodillas, en actitud suplicante.—Yo juro á usía por lo más sagrado, que somos inocentes, de todo punto inocentes; créamé usía, por el cielo.